

Tomado del Año Cristiano o Ejercicios Devotos para Todos los Días del Año. Barcelona, 1851. Julio, Día 2, Página 28.



LA VISITACIÓN DE LA SANTÍSIMA VIRGEN.

Al mismo tiempo que el Ángel anunció a María la encarnación del Hijo de Dios, le dio parte del preñado de su prima santa Isabel, que aunque estéril y de edad muy avanzada, tenía en su vientre seis meses había un hijo milagroso, destinado a ser precursor del verdadero Mesías. Llenó de gozo a la Virgen esta noticia, y considerándola fortuna de aquella dichosa mujer, escogida de Dios para madre del precursor de su Santísimo Hijo, la obligación que tenía de ir cuanto antes a darla el parabién de aquella dicha, los vivos deseos que sentía de servirla, y dándole el Señor un claro conocimiento de las maravillas que quería obrar por ella en aquella misteriosa visita, partió sin dilación a hacerla en aquel mismo día; porque, como dice san Ambrosio, la caridad no sufre

tardanzas ni dilaciones. El camino era dilatado y penoso; y había de viajar desde Nazaret a Hebrón, ciudad sacerdotal, situada en la parte meridional de Judá, sobre unas escarpadas montañas, a diez o doce leguas de Jerusalén, y a treinta y ocho o cuarenta de Nazaret. No era viaje fácil a una doncella tan tierna como la santísima Virgen; pero el celo y la caridad le allanaron las dificultades, sin acobardarla las fatigas del camino, porque toda su ansia era seguir la divina inspiración, y publicar las grandezas del Señor, como dice el mismo san Ambrosio.

Llegando a Hebrón, se encaminó a la casa de Zacarías, a cuya puerta encontró a su prima que salía a recibirla. La abrazó tiernamente, la saludó, y apenas despegó los labios, cuando el niño de seis meses, que estaba en las entrañas de Isabel, se halló de repente iluminado con una luz celestial; conoció perfectamente la majestad y la grandeza de los huéspedes que le hacían tanta honra, y desde la oscura prisión del materno albergue, ya que no podía hablar; adoró a Jesús y a María como pudo, dando dentro de él un prodigioso salto, en señal, dice san Pedro Crisólogo de su respeto y de su gozo. Notó Isabel tan alegre movimiento, y comunicándosele en el mismo instante a la madre la luz sobrenatural que alumbraba al hijo, conoció el incomprensible misterio



de la encarnación del Verbo, de manera que llena su alma del Espíritu Santo, no cabiéndole el gozo en las estrechas márgenes del pecho, comenzó a exclamar en alta voz:

«Bendita eres entre todas las mujeres, y bendito es el fruto de tu vientre. ¿De dónde a mí tanta dicha, que venga a visitarme la Madre de mi Dios y mi Señor? Favor que no soy capaz de agradecer dignamente, dejándome tan llena de asombro como de confusión. El mismo niño que tengo en mis entrañas ha conocido cuánto vale tu celestial presencia, saltando de alegría dentro de ellas luego que llegaron a mis oídos las primeras palabras de tu dulce salutación. Dichosa mil veces tú, querida prima mía, que con noble sencillez, y sin dar lugar a la menor duda, creíste humildemente cuanto el Ángel te anunció de parte de Dios. Sí, por cierto; porque el Todopoderoso, que comenzó en ti cosas tan grandiosas y tan altas, las acabará y las perfeccionará, como tú lo has esperado. Él te empeñó su palabra, pues él te la cumplirá.»

La respuesta de la Virgen fue humilde y modesta. Ocultando cuanto podía ceder en su alabanza, rindió al Señor la gloria de todo, y sólo trató de lo obligada que estaba a su beneficencia. Animada del Espíritu Santo, de que estaba llena, prorrumpió entonces en aquel divino cántico, el primero del nuevo Testamento, que él solo hace infinitas ventajas a todos los del antiguo; y tanto por el espíritu de devoción que respira en cada sílaba, como por la noble elevación de los pensamientos, y por la majestuosa soberanía del estilo, es el más precioso monumento de la profunda humildad de María,



el acto más auténtico de su perfecto reconocimiento, y el modelo más excelente para dar gracias al cielo, que nos ha dejado el mismo que le inspiró.

«Engrandece, alma mía, al Señor, dijo la Virgen, obrador de tantas maravillas, y sea a solo él toda la gloria. No puedo pensar en ellas sin sentir todo mi corazón preocupado de alegría en aquel Señor que adoro como mi Dios; que venero como mi Salvador, y que amo como mi Hijo. Se dignó poner los ojos en mi humildad, y elevó su vil esclava a la dignidad de madre suya. Bien sé que por esto me

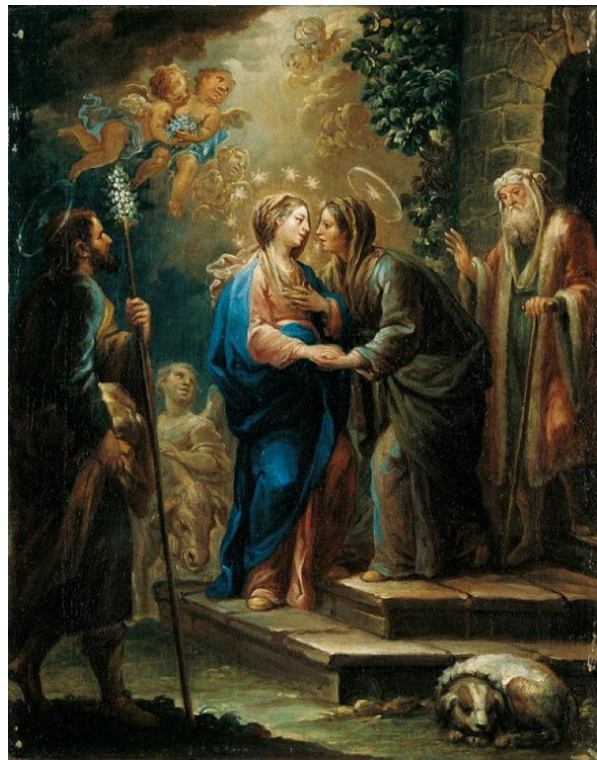
admirarán todas las naciones, y ensalzarán perpetuamente mi dicha en los siglos venideros; pero si es que se halla en mí alguna cosa grande y elevada, a él solo se le debe toda la gloria, él fue quien me engrandeció, y a él debo todo cuanto soy. Nada soy por mí misma; él es el autor de las maravillas que todas las naciones admirarán y publicarán de mi persona, las que ni aun yo misma puedo bastantemente engrandecer. Confesarán las mismas naciones que el Todopoderoso hizo en mí cosas grandiosas, y que no es menos poderosa su

omnipotente mano, que santo su agradable nombre. En mil ocasiones experimentaron nuestros padres los excesos de su misericordia. ¿Qué prodigios no hizo por defender a los que temían? Desplegó toda la fuerza de su brazo, combatió por ellos, desconcertó los designios de sus enemigos, derribó del trono a los soberbios monarcas que los amenazaban con su total ruina; y como el Señor se complace en abatir a los que se engríen, y en elevar a los que se humillan, después de haber abatido el orgullo de los tiranos, ensalzó a los humildes, y llenó de hartura a los pobres, mientras los ricos privados de sus riquezas perecían de hambre. Faraón sumergido; Saúl reprobado; humillado Roboán; Holofernes abatido; Amán desgraciado, y Nabucodonosor que presumía de deidad confundido con los brutos, mientras los más viles siervos de Dios se veían exaltados; todo esto acredita cuánto ama el Señor a los humildes.

Y aunque es así que todos los verdaderos israelitas, todos los fieles siervos suyos recibieron de su mano gracias extraordinarias en todas las edades del mundo; pero en este tiempo muy particularmente la misericordia de Dios ha hecho resplandecer su bondad en su favor. Viene a salvarlos, quiere vivir entre ellos, y morir por ellos, no habiendo echado en olvido la promesa que hizo a Abrahán y a los de su linaje, de derramar en sus hijos los tesoros de sus misericordias. Acaba el Señor de dar un Salvador a Israel, y un Rey a la casa de David; el Mesías tan esperado, el fin de la Ley y el objeto de todas las profecías. Por su venida suspiraron los Santos, los Patriarcas y los Profetas, y él fue el blanco de todas sus ardientes ansias.»

De esta manera con un portentoso rayo de luz sobrenatural descubrió, digámoslo así, de una sola ojeada la Santísima Virgen todas las antiguas promesas y profecías, con el pleno cumplimiento de todas ellas, mil veces más iluminada y, más privilegiada ella sola que todos los Profetas juntos. Se conoció bien, dice san Ambrosio, en aquella admirable conversación de María y de Isabel que ambas profetizaban con un mismo espíritu duplicado, uno el que inspiraba a las madres, y otro el que llenaba a los hijos: *Duplici miraculo prophetant Matres spirilu parvulerum.*

Cerca de tres meses se detuvo la Santísima Virgen en casa de su prima. Y es fácil discurrir, dicen los santos Padres, qué dichosa sería aquella mansión para toda la casa



de Zacarías, cuántas gracias y cuántas bendiciones la merecería. Sabemos que por haber estado el arca del Testamento hospedada por espacio de un mes en casa de Obededón, Dios liberalmente le bendijo a él y a todo cuanto le pertenecía; pues ¿qué bendiciones no derramaría sobre la dichosa familia de Isabel los tres meses que tuvo a María por huésped en su casa? Aquella pureza que conservó san Juan toda la vida, efecto fue, dice san Ambrosio, de la unción y de la gracia que ocasionó a su alma la presencia de la Santísima Virgen. Dice el mismo Santo, que esperó hasta el parto de su prima para asistir al nacimiento de aquél por quien principalmente había hecho la visita; y después que vio por sus ojos todas las maravillas obradas en aquel portentoso nacimiento, se restituyó a Nazaret, donde se mantuvo los seis meses que la restaban del preñado.



Esta visita de la Señora a santa Isabel comprende grandes misterios, y fue tan gloriosa para María, que la Iglesia quiso renovar todos los años su memoria con fiesta particular. Y a la verdad, ésta fue la primera vez en que la Virgen fue públicamente reconocida por Madre de Dios, y reverenciada como tal. Por la voz de María santificó Cristo a Juan, y con razón se dice que éste fue el primer milagro que obró Dios por medio de la Santísima Virgen. Ninguna cosa acredita más el poder que el Salvador concedió a su bendita Madre, dicen san Bernardo y san Bernardino, que la economía que observó en la distribución de sus primeras gracias. ¿Quiere santificar a su Precursor aun antes que naciese? Pues ha de ser por medio de María. ¿Resuelve manifestarse al mundo por el primer milagro que obró, convirtiendo el agua en vino en las bodas de Caná? Pues aguarda a que María se lo pida; dándonos a entender, dicen los Padres, que así como se nos dio a Sí mismo

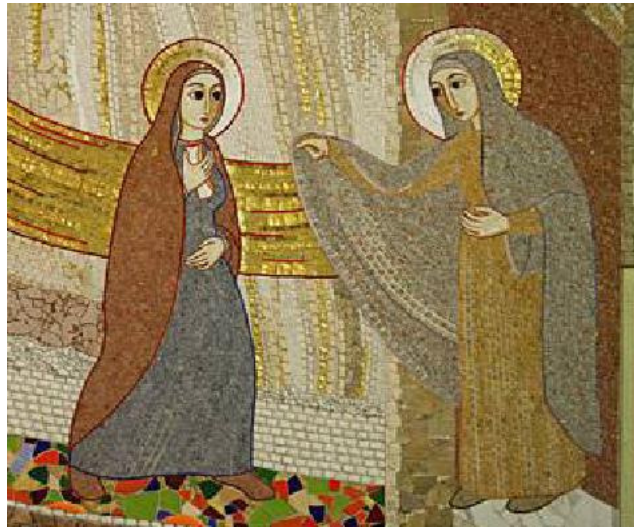
por medio de María, así quiere también que recibamos por su medio todas las demás gracias y beneficios. (*Bernard. Serm. in vig. Nativ. Domin.*): *Nihil nos Deus habere voluit quod per Mariae manus non transiret.*

Considerando san Ambrosio esta célebre visita tan señalada con misterios, profecías y prodigios, sale como fuera de sí de admiración. Oye Isabel, dice este Padre, la primera voz de María, y Juan siente al mismo tiempo la gracia de Jesucristo. Publican las dos Madres hacia fuera las maravillas de la gracia, y experimenta Juan hacia adentro sus operaciones. Llena Cristo a Juan de la gracia aneja al ministerio de precursor, y Juan anticipa las funciones, de este ministerio con prodigio duplicado; en fin, animadas

María e Isabel con el espíritu de sus hijos, traban una conversación en que alternativamente enlazaron una cadena de oráculos y de profecías:

La presencia de Jesús, dice san Agustín, hace saltar a Juan en el vientre de su madre; se llena Isabel del Espíritu de Dios a vista de María; el gozo, la humildad y el reconocimiento de la Santísima Virgen resplandecen divinamente en aquel admirable cántico con que respondió a las bendiciones de Isabel; y una y otra, prosigue san Ambrosio, pronuncian tantos oráculos como palabras.

¡Oh, cuántos misterios, cuántas lecciones se encierran en esta santa visita! Ella nos enseña los motivos y el modo de hacer las nuestras, como también el de recibir las que el Señor nos hace interiormente. En ella se encuentra la más señalada prueba del poder que tiene María con Dios, y un argumento del mayor consuelo para alentar la confianza que debemos tener en María. Las resplandecientes virtudes de atención y de caridad que ejercitó en esta visita deben servirnos de instrucción; y las maravillas que



obró el Todopoderoso por medio de su Santísima Madre deben encender nuestra tierna devoción con esta divina Señora, conociendo la mucha razón con que la Iglesia la invoca sin cesar como vida, dulzura y esperanza nuestra después de Jesucristo.

Es cierto que desde el nacimiento de la Iglesia fue este divino misterio objeto dulce de la veneración de los fieles; pero su fiesta no se instituyó hasta el tiempo de Urbano VI, confirmándola y publicándola su sucesor Bonifacio IX el año de 1389, para extinguir el funesto cisma que despedazaba la Iglesia con dolor y llanto general de todos los buenos. En la bula de Bonifacio se da a entender que su predecesor había pensado hacer ayuno de precepto la vigilia de la Visitación y de la Natividad de la Virgen, como ya lo era la de su Asunción, mandando que también se celebrase con octava. El concilio de Basilea renovó la institución de esta fiesta con el mismo fin de pedir a Dios la paz de la Iglesia, y en Italia y Francia se declaró por fiesta de precepto. Pero la religión de san Francisco la celebraba ya mucho tiempo antes, desde el año de 1263; se asegura que en la Iglesia de Oriente era ya por entonces muy antigua. Los ingleses sólo conservaron su nombre en su calendario después del cisma, pero toda la Iglesia católica la celebra con grande solemnidad.

Habiendo fundado san Francisco de Sales una nueva Orden de religiosas, tan célebre el día de hoy en la universal Iglesia, extendida felizmente por todo el universo con tanto ejemplo como admiración de los pueblos, quiso que se llamasen las monjas de la Visitación: porque siendo como la basa y el fin de su instituto la imitación de las virtudes que la Virgen ejercitó en aquella misteriosa visita, le pareció conveniente que este augusta título fuese también como su distintivo y su carácter.